VXIII

Contraste.

Dos meses habian pasado desde los acontecimientos que acabo de referir.

Andrés habia sufrido una larga y aguda enfermedad: pero las dulces y persuasivas palabras del Vicario y de doña Agueda habian mitigado los dolores del alma, y apagado en ella la ardiente sed de la venganza.

Andrés dejó el lecho, débil y abatido: habia perdonado sus insultos y malos tratatamientos al tio Pedro y á la señora Baltasara: mas el ardiente amor que profesaba á su esposa, casi se habia apagado en su pecho.

No era extraño: durante su enfermedad habia podido apreciar el helado egoismo del corazon de Trinidad; egoismo que se inocula y crece con increible fuerza en todos los corazones estragados por una crianza mala y consentida.

Su pobre y afligida madre le veló constantemente, alternando con Baltasara, que, fuerza

es confesarlo, pasado el primer arrebato de su génio, era la mejor mujer del mundo.

Trinidad se acostaba todas las noches en una cama inmediata, y dormia con la mayor tranquilidad del mundo hasta las siete de la mañana.

Un mes despues de haber dejado Andrés la cama, se oyeron á la salida de misa mayor un domingo voces extrañas.

Escuchemos la conversacion de dos mujeres que se detuvieron á la puerta de la iglesia.

—Buenos dias, Isabel, dijo la de más edad.

—Muy buenos, Dorotea: mira, allí va Baltasara con su hija pequeña.

—Es verdad: y Andrés ¿dónde andará?

—¡Toma! ¿no lo sabes?

—No.

—Con Antonia, la hija de la *generala*.

—¡Quita, mujer!

—¿No lo crees?

—¿Qué he de creer?

—Pues, hija mia, están *amistaos* como tres y dos son cinco.

—¿Pero no vale mucho más Trinidad?

—¡Ya lo creo! pero Antonia tiene un agrado y *un aquel*...

—¡Pero eso es una picardía! ¡á los tres meses de casado andar con amistades!

—Eso mismo decia yo anoche á la madre de Andrés; ¿y sabes lo que me ha respondido?

—¿Qué?

—«Dorotea, mi hijo era una malva: y esa gente se ha empeñado en *sopapearle* y me le ha vuelto un tigre!»

—Bien: ¿pero qué tiene que ver eso con haberse amistado con la hija de la *generala*?

—¡Toma! que el muchacho se ha aburrido de su casa, de su familia, y del trabajo: que se va por ahí, y cuando se cansa de la taberna ó del juego de la plaza, se busca otras diversiones: ¿y cuáles le quedan? *festejar:* que al cabo tiene solo veinte años.

—Tienes razon, mujer; pero al fin es una lástima lo que le ha pasado á la pobre Trinidad, que era una chica como una plata.

—Es verdad que lo era: si se hubiera casado con un hombre que la hubiera podido sujetar, y quitar los mimos de su abuelo, *hubiera hecho bondad;* ¡pero, ya se vé, la casaron con otro chiquillo mimado tambien, solo porque era rico, y todo se echó á perder!

—¡Quién lo habia de decir, mujer! ¡Todos pensábamos que se llevarian tan bien, y mira!

—Si uno de los dos hubiera sido prudente, lo hubieran pasado bien; pero Andrés mimado y mal criado por su madre, y Trinidad mimada por su abuelo, ninguno de los dos ha querido sufrir al otro.

—¿Y de Florencia, qué me dices?

—¡Calla, mujer, calla, eso sí que es otro milagro!

—¡Milagro!

—Sí, por cierto; Florencia ha hecho *cera y pábilo* de Jacobo, que era borrachon, pendenciero, mal trabajador; un perdido, en fin.

—¡Jesús, ya lo creo, se le temia en el pueblo como á una mala tronada!

—Pues ahora es un cordero: ¿y el chico, aquel bribonzuelo, que todos deciamos que iba á concluir en un presidio? ¡Si le vieras ahora qué aseado y qué trabajador! Todos los dias va al campo con su padre, y gana dos reales; es decir, dos tercios de jornal.

¿Con que ya cuentan con cinco reales diarios?

¡Justitos, hija: tres de Jacobo y dos de Ramon: así es que se han arreglado con la señora Rita á comprarle un *campico*, y se lo pagarán por semanas: ya ves, cada domingo por la mañana le pueden dar, á ver... cinco... y cinco diez... y cinco quince... y cinco veinte... y cinco... veinticinco... y cinco treinta...

—Eso es; treinta reales.

—Y tres docenas de huevos cada semana.

—¡Pues, hija, así pronto le pagan!

¡Ya lo creo! y el campo ya es suyo: le tomaron sembrado ya de trigo, y ahora está que da gozo verle.

—¡Es menester conocer que la señora Rita les ha dado bien la mano!

—¡Pero, mujer, todo se lo merecen! Florencia es un alma de Dios: á su lado no hay pobres: y sobre todo, ya ves lo que ha hecho con su hijastro: el chico la adora, y dice que solo trabaja porque su madre lo pase mejor.

—Nunca se ha visto Jacobo como se ha de ver dentro de un año.

—¡Qué ha de ver! Figúrate que ahora ya pueden hacer su *masadita* en casa, porque cogerán trigo de sobra: que tienen su cerdo para hacer el mata-puerco por Navidad: que tienen sus gallinas *bien ponedoras:* ¿y el olivar de Florencia?

—¡Ah, es verdad, el que le dejó su padre!

—El mismo. Este año ha echado Dios en él su bendicion, y van á coger lo ménos ochenta arrobas de aceite; Florencia me dijo que Jacobo pensaba dejar cuatro para casa, y vender las demás para comprar una viña, de modo que con el campo tendrán dos hermosas fincas.

—¿Y Jacobo sigue yendo á la taberna?

—¡Ca! se pasa las noches en casa acompañando á su mujer, que cose y lava para la señora Rita.

—Esa Florencia es una hormiga para su casa! Pero adios, hija, que hablando hablando se pasa el rato y es muy tarde.

—Adios, y hasta más ver.

Las dos mujeres se separaron, y nosotros nos llegaremos, lector mio, hasta casa de Florencia.

Jacobo, limpio, bien afeitado, grueso, con una camisa blanca como la nieve, y un buen vestido, no era ya el infeliz y despreciado jornalero, sino el labrador, grave, respetable, bien acomodado, en una palabra.

Parecia imposible que tres meses hubieran obrado en él una trasformacion tan súbita y completa.

Sentado en el suelo, y teniendo al lado algunos útiles de carpintero, encolaba unas largas tablas de madera, lisa y bien acepillada.

Su semblante estaba tranquilo y risueño, y habia perdido por completo la amarga expresion que antes velaba sus bellas facciones.

A alguna distancia estaba sentada Florencia en una silla baja, lindamente vestida y peinada con esmero, que miraba atentamente la obra de su marido.

Apoyado en la silla de Florencia, se hallaba Ramon, vestido coquetamente con un traje de pana azul, con botones de plata, camisa de rico lienzo, blanca y bien planchada, faja de seda encarnada y alpargatas nuevas.

Sus hermosos cabellos rubios formaban un grupo en cada oreja, sujetos con un bonito pañuelo de colores vivos, que formaba tambien un complicado lazo en la sien izquierda.

De cuando en cuando Ramon se inclinaba hácia Florencia y le hablaba al oido.

En uno de estos instantes, levantó Jacobo

la cabeza y dijo con acento reposado y afable:

—Hijo, pónme á calentar la cola, que se ha enfriado.

—¡Válgame Dios, Jacobo, haces bien en emplear á este muchacho! dijo Florencia riendo, porque me está volviendo tonta!

—¡Ande Vd., madre! dijo Ramon, mientras ponia á la lumbre la cazuela de la cola.

—¡Pero has visto, hombre! pues no se empeña en que tengo de ir esta tarde á la plaza con él!

—¡Pues claro, padre! dijo Ramon con voz suplicante: ¿no ha sido madre quien me ha ganado dinero para este hermoso traje con sus costuras? Pues cuando todos digan—"¡qué majo va Ramon! ¡qué majo está Ramon!"—quiero que lo oiga, y que me vea *meter fachenda!*

—¡Pero, hombre, si tu madre está mala! dijo el padre, á cuyos labios asomó una sonrisa de satisfaccion.

—¡Bah, bah, mala; el mal que tiene no es de cuidado!

—¿Qué sabes tú?

—¿Pues no dice la señora Baltasara que está en cinta, y Vd., padre, no está haciendo por eso la cuna para el niño?

—Sí, sí, *antes de cabras corral,* dijo Florencia soltando una alegre carcajada, y levantándose para ir á dar vuelta al puchero.

—Y bien en balde que es la cuna, añadió Ramon.

—¿Por qué? preguntó su padre.

—¡Toma! porque al niño me lo llevaré yo al campo envuelto en mi manta, y por la noche dormirá conmigo!

—¡Cómo, Ramon! ¿te quieres echar á niñero?

—Sí, señora: y otra cosa quisiera.

—Veamos.

—Quisiera que todo lo que yo gane... ¡Ah, madre, no me acordaba de decirlo!

—¿El qué?

—Que desde la semana que viene, ganaré el jornal entero.

—¿De veras?

—Me lo ha prometido el amo, porque dice que ya trabajo muy bien.

—Esta noticia merece que tu padre te dé un par de pasetas para convidar á tus amigos.

—Pues, hija, dáselas tú, repuso Jacobo; yo no llevo un cuarto encima.

—Ahí van, dijo Florencia dando á Ramon las dos monedas: os vais á la posada, y que os hagan una buena fritura de magras: desde el año que viene, ya tendré yo en casa para daros algunas meriendas, hijo.

—Bien, madre, y gracias: ¡es Vd. más buena! pero volvamos al niño.

—Volvamos: me has dicho que querias una cosa.

—Pues es que ponga Vd. á un *ladico* lo que yo gano, para hacerle á él su *ropica:* desde el

dia que nazca, quiero que gaste de lo mio: es decir de mis ganancias.

—¡Vaya, hijo mio, tienes unas cosas! exclamó Florencia enjugándose los ojos.

—¿No quiere V.?

—¡Sí, hijo, sí! tu hermano gastará solo de lo que tú ganes; en cambio yo ya he empezado á echar en un bolsillo, para librarte de la suerte de soldado.

—¿Has pensado en eso, Florencia? exclamó asombrado Jacobo.

—¿Si he pensado? ¡Media onza tengo ya reunida! ¿Qué madre se olvida del porvenir de su hijo?

—Hijo mio, exclamó Jacobo, volviéndose hácia Ramon con solemnidad: aunque tú y yo besáramos la tierra que tu madre pisa, no podiamos pagarle lo que le debemos; bésale las manos.

—Vaya, ¿quereis hacerme llorar? dijo la jóven recibiendo al muchacho en sus brazos: ya sabeis que me da hipo y me pone mala: ea, hijo, si no me dejas las manos, no voy contigo á la plaza!

—¡Ah! ¿Vendrá Vd?

—Sí: y luego iré á la posada á encargaros la merienda. ¿Para cuántos?

—Para cuatro: los hijos del carretero, el del herrero y yo.

—¿Nos admitireis á la mesa á tu padre y á mí?

—¡Ya lo creo, madre!

—Pues merendaremos juntos; pero escucha, me ocurre una cosa.

—¿Qué?

—Yo iré á comprar las magras á la posada, y haré en casa la fritura: habrá además queso, frutas, un pastelon y vino. ¿Qué te parece?

—¡Muy bien, madre, muy bien! tome Vd., mis dos pesetas.

—No, guárdalas: yo os convido.

—¿Pero yo para que las quiero? ¡Ah, tómelas Vd. para comprar un gorro al niño!

—¿Pero no tienes tú en qué emplearlas?

—Yo no; me da Vd. todo lo que quiero: las perdería.

—Vengan, pues.

Y las dos pesetas volvieron al bolsillo de Florencia, que tan suavemente manejaba á aquel muchacho, poco antes tan indómito.

Despues de comer se dirigieron á la plaza Jacobo, Florencia y Ramon; el muchacho queria lucir á toda costa el traje regalado por su madre.

Al fin de la calle se encontraron con Andrés.

Estaba éste tan desfigurado como Jacobo, pero por un motivo del todo distinto. A Jacobo lo habian cambiado la paz, la tranquilidad y el bienestar. Andrés, desde hacia un mes, se embriagaba todos los dias, y habiendo abandonado por completo el trabajo, corria de desórden en desórden.

—¿A dónde vais? preguntó á sus hermanos.

—Vamos un poco á la plaza, respondió Jacobo.

—Deja á tu mujer con Ramon, y vente conmigo á la taberna, dijo Andrés.

—Chico, ya no me hallo en la taberna.

—¿Pues no ibas antes todos los dias?

—Sí: pero mi mujer me ha quitado el vicio.

—¿De qué manera?

—Mira, despues de casado, fuí los tres primeros dias: volvia muy tarde, y me hallaba á mi mujer trabajando para fuera de casa, por ganar algun dinero; el primer dia, dije: yo no debia ir á la taberna, sino estarme haciéndole compañía; pero la aficion pudo más, y me fuí.

Al segundo dia, volví como avergonzado: ella me recibió riéndose y cantando, como siempre, y yo hice la intencion de no volver.

Pero el tercero, y despues de comer, la tentacion fué más fuerte que mi propósito, y fuí de nuevo: al volver á mi casa, Florencia me entregó veinte y cuatro reales de sus costuras: ¡era lo que yo habia gastado en la taberna en tres dias, bebiendo vino, perjudicial á la salud, y jugando á las cartas! ¡viniéronme lágrimas á los ojos, y despues de aquel dia, no he vuelto ni quiero volver!

Calló Jacobo, y echó una amorosa mirada sobre su mujer, que le esperaba á alguna dis-

tancia con su hijo: luego, y viendo que Andrés no le decia nada, añadió:

—¿Y tú, cómo es que ahora vas, cuando antes en vez de acompañarme, te quedabas en casa de tu madre?

—Voy, repuso el jóven con acento sombrío, voy para engañar algunas horas, porque el tiempo se me hace sobrado largo!

—¿No trabajas?

—¿Yo trabajar, para que utilice mi trabajo ese malvado viejo? no: tengo lo bastante para darme buena vida.

—Pero si no ganas más, se acabará lo que tienes.

—¿Qué importa?

—¿Y qué harás despues?

—¡En los presidios mantienen!

—¡Andrés! exclamó con terror Jacobo.

—¿Qué dices?

—¡Esa palabra me hace temblar!

—Pues á mí no, porque sé de fijo que acabaré mal.

—¿Y tú mujer?

—¿Qué me importa de ella? ¡Tanto cómo á ella de mí!

—¡Eso no es verdad! ¡Trinidad te quiere!

—¿Sí, eh? dijo Andrés con amarga risa: bien se conoce que no has oido lo que se dice por ahí.

—¿Qué se dice?

—¡Lo que yo veo! que la corteja *el soldado.*

—Y aunque eso hiciera, tú tienes la culpa: las mujeres son vengativas, y todo el pueblo sabe tu amistad con la hija de la *generala.*

—Pues ya le daré yo la venganza.

Andrés se alejó dichas estas palabras, y Jacobo le vió entrar en la taberna.

—¿Cómo has tardado tanto? dijo Florencia á su marido. ¿Por qué no viene Andrés?

—¡Calla por Dios, mujer!

—¿Qué tienes, Jacobo? ¡me asustas!

—Quédate con el chico, que voy á casa de madre.

—¿A qué?

—A hablar con Trinidad: su marido me ha dicho que la galantea *el soldado.*

—¡Es verdad! ¡ya lo habia yo conocido!

—Andrés la va á matar, y se pierden los dos; es menester prevenirla.

—¡Corre, pues! ¡luego voy yo!

Jacobo echó á andar hácia casa del tio Pedro: Florencia dió una vuelta por la plaza con Ramon, y luego le dijo:

—Vaya, hijo mio, voy á preparar la merienda: diviértete un rato y al anochecer á casa con tus amigos.

El chico se quedó tan contento, y Florencia corrió desolada á casa de su madre, mientras Ramon buscaba á sus amigos, y los cuatro se relamian con la esperanza de una excelente merienda.